



## 2

# LO RELATIVO Y LO ABSOLUTO

«No hay más que una sola revolución, siempre la misma a través de fortunas y pasiones diversas, que nuestros padres vieron comenzar y que, con toda probabilidad, nosotros no veremos concluir.»<sup>1</sup>

Junto a la multiplicación de otros bienes, el desarrollo técnico hizo lo propio con el reino de la noticia, proporcionándole soportes como una mecanización de la imprenta, y modos de capturar imágenes y sonidos que desde el daguerrotipo y el telégrafo revolucionarían la capacidad para almacenar y transmitir datos. Muchas más cosas pasaron a ser visibles para muchas más personas, y a medida que las ciencias asumían las responsabilidades del culto religioso, el desarrollo cuantitativo y cualitativo de la información fue replanteando qué entender por real e imaginario respectivamente, un campo trillado en origen por géneros como el cantar de gesta, la crónica de palacio y la historia sagrada.

La inercia de su dogmatismo sugería de un modo u otro que cuantas más perspectivas ofrezca algo menos objetividad contiene, y llegar a la conclusión de que cualquier concepto veraz será multifacético le debe no poco a iniciativas como la historia social y económica, el pluriforme periodismo o sencillamente una variedad de instrumentos teóricos y prácticos, capaces de observar con más precisión toda suerte de fenómenos. La identidad de relativo y arbitrario se siguió de comprimir la observación en un solo punto de vista —la mente divina—, des-

---

<sup>1</sup> Tocqueville, 1984, pág. 62.



de el cual toda cosa aparece conclusa o absuelta de movimiento, predecidida, y *absolutus* constituye un participio de absolver (*absolvere*). Absoluta es cualquier entidad a quien perdonemos el trance de demostrarse a través de una existencia concreta.

Tanto arraigo tuvo este criterio que no ya los Papas sino Newton —en sus *Principios matemáticos de la filosofía natural*— quiere «distinguir entre lo absoluto y lo relativo, lo verdadero y lo aparente, lo matemático y lo vulgar»<sup>2</sup>, proponiendo que miremos las cosas mundanas por encima del hombro, en los condescendientes términos de algo «solo sensible y exterior»<sup>3</sup>. Y así se seguirá pensando hasta que Einstein pase del mundo abstracto al efectivo atendiendo a la velocidad de la luz, una magnitud supuestamente infinita para la mecánica clásica, aunque finita y «curvada» en proporción a la densidad de cada medio atravesado.

Atender a distancias siderales comparativamente mínimas, como las del sistema solar, evitó que la astrofísica newtoniana incurriese desde el principio en errores groseros de cálculo, pero no la puso a cubierto del correctivo más penoso: había sido incapaz de sospechar que en el firmamento brillasen estrellas ya apagadas, o lo bastante lejanas como para que su señal no nos haya llegado aún. Lejos de abonar el relativismo, y la simpleza de que cada observador dispone de lo real a su antojo, el hallazgo de Einstein puso de relieve que solo el punto de vista asegura la exactitud y continuidad de una observación, pues

«la perspectiva es el orden que la realidad adopta para quien la contempla. Si varía su lugar varía también la perspectiva, pero si el contemplador es sustituido por otro en el mismo lugar la perspectiva permanece idéntica. Ciertamente, si no hay un sujeto que contemple no hay perspectiva. ¿Quiere esto decir que sea subjetiva? Aquí está el equívoco que ha desviado [...] la actitud del hombre ante el universo»<sup>4</sup>.

Lo arbitrario por definición es proponer alguna perspectiva deslocalizada o ajena a su espacio-tiempo, cuando solo aparece disonancia entre el ser y el deber ser allí donde alguna abstracción pretenda eternizarse,

<sup>2</sup> Escolio a las Definiciones del Libro I. Inmediatamente antes de trazar la distinción, Newton afirma que «tiempo, espacio, lugar y movimiento [...] son cantidades que el vulgo solo concibe partiendo del prejuicio que implica su relación con cosas sensibles».

<sup>3</sup> Newton, *ibíd.*

<sup>4</sup> Ortega, 2002, pág. 187.

optando por ser de naturaleza dogmática en vez de real. En otras palabras, las cosas existentes se distinguen de las fantaseadas y las meramente simbólicas por contener una magnitud infinita de detalles, que no son nuestra veleidad sino *su* pormenor. Engañarnos tanto tiempo al respecto, identificando lo plural del mundo con «un paso más en el camino del subjetivismo»<sup>5</sup>, deriva en definitiva de la misma raíz que prefiere la verdad revelada a la experiencia, o el gobierno autocrático al democrático.

## I. EL ABSOLUTISMO LAICO

Antes de relacionarse con la velocidad de la luz, ya a principios del XIX, lo que el conocimiento tiene de relativo inspiró a pensadores representados ejemplarmente por Saint-Simon y Hegel, que pasaron de lo abstracto a lo concreto pensando el ser como devenir, y vieron en la historia de cada cosa la única esencia ecuaníme de su existencia. Eso significa centrarse en la vida práctica de instituciones y pueblos, poniendo en lugar de la pontificación un rastreo inductivo que convierte el detalle en el más fiel aliado de la inteligencia, pues descorre los velos del *a priori* para situarse ante paisajes de complejidad intrínseca, como los deparados por cualquier *a posteriori*. En el orden de los asuntos humanos, la primera prueba de esa complejidad es un mundo que —lejos de estar dado— va construyéndose a través de fines rara vez pretendidos, mediante procesos de autoorganización.

Pero los filósofos-historiadores aparecieron cuando la industrialización empezaba a dibujar un mundo sin precedentes, y sus discípulos reaccionaron ante lo incierto del futuro con la renovada sed de absoluto que se llamaría «historicismo». Eso supuso saltar del esquema que explica las cosas recurriendo a la providencia divina al esquema que pone en lugar de dicho sujeto a la socorrida materia, sirviéndose de los conceptos descubiertos tras investigar complejidades<sup>6</sup> para proponer una simplificación renovada. Tras importar también categorías de la física inercial y el instrumentalismo<sup>7</sup>, los historicistas

<sup>5</sup> *Ibíd.*, pág. 186.

<sup>6</sup> El de «edad cultural» para empezar, ligado a la idea de evolución (*Entwicklung*) que introduce Hegel y populariza Spencer.

<sup>7</sup> En definitiva, el mundo deberá concebirse como «material a explotar por una ciencia operativa», entendiéndose que «la mera contemplación corrompe al conociemien-

entienden que la sociedad humana está sujeta a leyes como las que gobiernan la gravitación o la fermentación<sup>8</sup>, y se diversifican en una versión reaccionaria (la dictadura «puramente empírica» del positivista comtiano), una revolucionaria (las dictaduras de Marx y Bakunin) y otra híbrida (los planes eugenésicos del llamado darwinismo social)<sup>9</sup>.

Sin perjuicio de estar reñidas entre sí, todas adaptan la historia a su respectiva «ley de desarrollo», retocando el ayer para que coincida con el mañana previsto por cada una. Teóricamente, abandonaron la idea de creación para dar cuenta de un mundo en trance de hacerse; pero siguen desafiando la relatividad con el argumento newtoniano, que contrapone algo intemporalmente verdadero a una apariencia «solo sensible». Así como sus maestros partieron de una razón observante, ellos no descansarán hasta encontrarle la camisa de fuerza representada por una razón legislativa, cuya dependencia de tal o cual profecía aspira a compensarse con una profesión de fe materialista.

Esto no modifica que las fábulas se distinguen de la historia vivida por contener un volumen limitado o ilimitado de información, y los videntes laicos tampoco podrán ahorrarse el sino genérico del vidente teológico, que es recurrir a algún *u-topos* o no-lugar caracterizado por la *u-cronía* o inactualidad, como corresponde a «cualquier perspectiva creada desde “ningún sitio” con la pretensión de valer para todos»<sup>10</sup>. Pero la videncia materialista no deja de ser expresión de deseos, voluntarismo, ni de obligar a que la genética sea descartada por alguna pedagogía. El intelecto se desdobla simplemente en externo e interno: el de los demás resulta ser un mero espejo del medio, y el propio explica todo en general<sup>11</sup>.

to», como sugiere pioneramente el *Novum organum* (1620) de Bacon. Sobre los nexos de Bacon con Bentham, Comte y Marx, véase más adelante págs. 424-425.

<sup>8</sup> «Marx», dice Engels, «fue el primero en descubrir la gran ley que rige la marcha de la historia, cuya importancia equivale en ciencias naturales a la ley de la transformación de la energía». Cf. Marx, 1995, págs. 82-83.

<sup>9</sup> Que, por cierto, son bastante anteriores al *Origen de las especies* (1859), pues parten del racismo de Carlyle y Dickens, y algo después de Galton (un primo segundo de Darwin que construye su eugenesia de modo independiente).

<sup>10</sup> Ortega, 2002, pág. 189. Algo antes ha escrito: «La teoría de la relatividad —el más conocido y glorioso fruto de la ciencia actual— tiene que perseguir dondequiera el utopismo como una insinceridad, una inepticia, una inmoralidad y un anacronismo» (Ortega, 1983, vol 11, pág. 62).

<sup>11</sup> Cf. Hegel, 1966, secc. C. El tránsito de la razón observante a la legisladora culmina en «el cráneo aprehendido como realidad externa del espíritu» (pág. 194).

**1. Nuevos fundamentos para la omnipotencia.** El fenómeno paralelo a esa defensa más o menos abierta del absolutismo es una pasión por el diseño de sociedades perfectas como no se conocía desde el siglo V, cuando cristianizar el Imperio sembró sus territorios de comunas y conventos. Se ponen en práctica aldeas owenitas e icarianas, falansterios fourvieristas y otros innumerables experimentos para empezar desde cero, algunas veces conformándose con un grupo reducido y otras relanzando la ingeniería social sugerida en origen por el despotismo ilustrado francés<sup>12</sup>. La variante inglesa de esto último es la corriente utilitarista, cuya sugestión de restringirle la natalidad al prójimo culmina con el *Ensayo sobre la población* (1798) del reverendo Malthus, mucho más escrupuloso al distinguir entre contracepción recta y pecadora que en materia de proyecciones estadísticas. Allí leemos por primera vez que si «los humildes» no moderan su libido el futuro será la inanición.

En las sociedades industriales no iba a producirse una sola hambruna remotamente parecida a las habituales otrora, y Malthus no tomó en cuenta la posible relación de tal cosa con una progresiva democratización de los gobiernos. Con todo, nadie apoya elecciones periódicas sin que al menos la mitad más uno coincida en un esquema de deberes y derechos, y el siglo XIX se distingue de los previos en que esa coincidencia existe. Pocos aspiran a restaurar el Viejo Régimen, y llega por eso algo tan insólito como que las ciudadanías hagan frente a sus incertidumbres asegurándose la libertad de elegir, en vez de apelando a algún salvador. Una alternancia de partidos políticos, atados a su capacidad para convencer al censo electoral —e incapaces de sacar adelante decisiones sin dialogar entre sí—, cumple lo que un contemporáneo llama «no crear poesía, ruido, gloria o virtudes heroicas sino hábitos pacíficos», consolidando «el derecho a vivir y pensar con independencia de nuestros semejantes»<sup>13</sup>.

Entretanto, el movimiento comunista asiste al capitalismo retrospectivamente llamado salvaje sin concurrir a elecciones hasta cuando ese estado de cosas haya desaparecido, gracias al derecho laboral e industrial<sup>14</sup>. Tal cosa no deriva de que las leyes prohíban declararse ene-

<sup>12</sup> Fundamentalmente, la corriente *idéologue-philosophe*, presidida por el lema «todo para el pueblo, pero sin el pueblo».

<sup>13</sup> Tocqueville, 1980, pág. 253, y Tocqueville, 1978, pág. 141.

<sup>14</sup> De hecho, hasta que cristalicen las versiones muy suavizadas de su programa que son la socialdemocracia alemana (1890), el Labor Party británico (1900) y la SFIO francesa (1906).

migo del comercio, sino en Inglaterra de faltar cuadros y votantes, y en Francia del desastroso resultado obtenido en las elecciones de 1848. Rousseau había propuesto no confundir la «voluntad de todos o solo numérica» con la «voluntad general o auténtica», y el futuro quedaría abierto al litigio entre quienes apoyan un ejercicio periódico del sufragio universal, y quienes ven en ello mero «pluralismo burgués». En definitiva, lo relativo y lo absoluto divergen, y aquello que unos celebran como consolidación de las libertades prosaicas evoca en otros un sentimiento de caos y vacío moral.

Algunos se afanan entonces en salvar el cisma deslindando impulsos sentimentales y ventajas materiales<sup>15</sup>, consolándose con la idea de que el llamamiento a la lucha de clases debe de ser la veleidad de unos pocos, o no renunciaría al apoyo de las urnas. Pero al demócrata monista solo le concierne el interés «auténtico» del ser humano, y todo el planeta acabará comprometido con verificar si dicho interés es la democracia pluralista, o bien «destruir por la fuerza todas las situaciones sociales existentes»<sup>16</sup>. No siendo idénticos el voto emitido y la conveniencia auténtica, salir de dudas tiene mucho de imposible y se envenenará de modo espectacular entre 1914 y 1945, tres décadas durante las cuales una acción combinada de campañas militares, masacres y desabastecimientos estatalmente promovidos mata o mutila a unos sesenta millones de europeos<sup>17</sup>.

Llegará esa época dantesca, pero estamos aún en su pórtico, cuando la fulguración del Terror jacobino posterga iniciativas análogas durante medio siglo. Entre otros factores el futuro depende de que el historicismo reanime el entusiasmo mesiánico, pues —manteniendo las proporciones del iceberg— dos tercios de su masa corresponden a engramas inconscientes, y al tercio consciente o visible corresponde manejar la atracción que ejercen sobre algunos temperamentos, para los cuales la sociedad podría mutar de la noche a la mañana.

<sup>15</sup> Ese es el motivo dominante de los *Principios de economía política* (1848) de Stuart Mill, quizá el más emotivamente colectivista de los liberales. Véase más adelante, págs. 434-440.

<sup>16</sup> Son los términos del *Manifiesto* de 1848; cf. Marx-Engels, 1998, pág. 91.

<sup>17</sup> Cf. Judt, 2005, pág. 750. Judt observa que desde 1945 a 2005 —y a pesar de las atrocidades ocurridas en la antigua Yugoslavia— el número de europeos exterminados por alguna guerra civil será unas sesenta veces menor. Con todo, desde 1945 se suman al guerracivilismo otros continentes (principalmente Asia y África), arrojando una cosecha de mortandad que quizá duplique la de Europa en su periodo crítico.

**2. El arquetipo proyectivo.** A mi entender, la principal creación mitológica de la sociedad esclavista fue la propia promesa mesiánica, que innova los resortes mágicos aplicados hasta entonces para transferir el mal/impureza de un lugar a otro, y que por curiosos caminos logra identificar ese objeto indeseable con el éxito mundano. Dicha expulsión es una tarea encomendada a chamanes desde los más remotos tiempos, pero solo la sociedad esclavista descubre al chamán mesiánico y se confía a él, cumpliendo una transición que cabe atestiguar e incluso fechar gracias a la erudita paciencia de N. Cohn, cuyos estudios revelan las raíces judeo-iránicas del milenarismo.

Más precisamente, sabemos que Restitución y Redención son cara y cruz de un mismo deseo —provisto ya de un rico aparato coreográfico— hacia el 60 a. C., cuando varios textos convergen en reunir ambas cosas, enmarcados por las turbulencias de un Israel que acaba de caer bajo el dominio romano, tras un periodo teocrático marcado por guerras civiles. Los portavoces de esa síntesis son profetas como Daniel, Enoch y el Déutero-Isaías, que retrasan tres y hasta cinco siglos su propio nacimiento<sup>18</sup> para reforzar el anuncio de un *masiah* o «ungido con los óleos de la realeza» (*kristos* en griego), que «pondrá primeros a los últimos», formulando así lo que podría ser el más antiguo testimonio de llamamiento religioso a la discordia. Dichos videntes serán juzgados de modos muy distintos —el judaísmo los considera meros farsantes, mientras para el Evangelio son la prueba innegable de Jesús y su misión divina—, pero en cualquier caso legan una construcción imperecedera. Austero hasta entonces, el imaginario monoteísta se colorea a partir de ellos con las peripecias del dualismo zoroástrico, cuya imagen más conmovedora es una futura batalla librada entre fuerzas del Bien y el Mal, en las llanuras de Armageddon<sup>19</sup>.

El rey mesías responde por un lado a tensiones de guerra civil, y por otro es el «cordero de Dios que lava los pecados del mundo», prolongación de la esperanza *pague él por nosotros* que funciona como

<sup>18</sup> De ahí que sean llamados pseudónimos, pues escribiendo a mediados del I a. C. tanto el Déutero-Isaías como Daniel, Enoch y el autor del *Libro de los jubileos* «pronostican» eventos de los siglos V y VI a. C., como la ruina de Babilonia o la de Jerusalem.

<sup>19</sup> Sobre el detalle de ese sincretismo, y sus reflejos políticos en Israel, véase vol. I, págs. 126-131.

terapia indiscutida hasta la medicina hipocrática<sup>20</sup>. Desde la noche de los tiempos, y en todos los continentes, hay noticias de animales y seres humanos inmolados por motivos tan diversos como alejar plagas, sanar a personas singulares, nutrir a un panteón de dioses draculinos —del tipo venerado por celtas, aztecas y mayas— o simplemente auspiciar algún viaje. Sin embargo, el chivo expiatorio de naturaleza mesiánica revoluciona la transferencia del mal, añadiéndole el consuelo de la venganza, que coincide con la salvación en sentido estricto.

«Emancipó del temor a la muerte al cual estábamos esclavizados»<sup>21</sup>, explica el apóstol, prometiendo una resurrección corpórea en el más allá a quien en el más acá entregue su corazón a los últimos del orden social, que tras el Juicio posterior a la batalla se verán premiados con un Cielo superior al Paraíso, mientras los incrédulos en general y «los satisfechos» en particular serán lanzados al Infierno<sup>22</sup>. La voluntad sencillamente no puede pedirle más a la vida, y descubrir esa víctima propiciatoria y vengadora al tiempo es suficiente para que Israel produzca una secuencia de *Jristos* prolongada durante más de dos siglos<sup>23</sup>. Roma, por su parte, se verá obligada a buscar algún término (eventualmente *fanaticus*)<sup>24</sup> para describir el fervor de los nuevos fieles, cuya fe en un inminente fin del mundo mueve a buscar el martirio como modo más rápido y seguro de alcanzar la beatitud celestial.

Jesús, que vaciló entre incendiar la tierra y apaciguarla, entregarse a los alguaciles o «vender la capa para comprar una espada»<sup>25</sup>, prefirió finalmente lo primero, y pidiendo que el suyo fuese el último de los sacrificios cruentos se convertiría en genio tutelar de nuestra civiliza-

<sup>20</sup> El elemento catártico o purgante del chivo se percibe de modo ejemplar en griego clásico, donde «víctima expiatoria» es *pharmakós* y «droga» *phármakon*; cf. Escotado, 2008, págs. 44-46. Una reflexión en profundidad sobre su naturaleza ofrece Girard 1977.

<sup>21</sup> *Epístola a los hebreos* 2:14-15.

<sup>22</sup> Jesús declara: «Ay de vosotros los ricos, porque tenéis lejos el consuelo. Ay de vosotros los ahitos, porque pasaréis hambre. Ay de vosotros los que reís, porque lloraréis y aullaréis» (*Lucas* 6: 20-25). *Apocalipsis* vaticina que «quienes se dedican al comercio esperarán el suplicio llorando y gimiendo» (18:15). Amós, el más antiguo de los profetas, ha prefigurado la actitud con su: «Malditos sean los que disfrutaban apaciblemente» (6:1).

<sup>23</sup> Entre los recordados, Judas Galileo, Jesús, Eleazar, Lukuas y Shimon Bar Kokhba.

<sup>24</sup> Escribiendo hacia el año 100, Tácito les atribuye misantropía —«odiar a la Humanidad»— en sus *Anales* (XV, 44).

<sup>25</sup> *Lucas* 22: 36.



ción. Los griegos habían denunciado ya el mecanismo del chivo expiatorio como una estupidez maligna<sup>26</sup>, y la desgarradora grandeza del mesías cristiano —ausente en sus homólogos bélicos— es creer que sacrificarse no solo será eficaz para desencadenar el Juicio, sino para interrumpir la tradición universal de identificar la ofrenda religiosa con una efusión de sangre. Lo particular de su carácter invita al *no juzguéis* y el perdón, sin perjuicio de encarnar un prototipo cuyos fieles beben por norma el mosto «de uvas pisadas en el lagar de la divina ira»<sup>27</sup>. La mayoría lo acabó venerando como símbolo de paz, aunque sus responsabilidades arquetípicas siguen ligándolo con el ejército que sepultará a Satán bajo siete llaves, tras derrotarlo en Armageddon<sup>28</sup>.

El héroe mesiánico admite una galería tanto más variada de protagonistas cuanto que cumple esperanzas recursivas e impersonales, por no decir contagiosas, y como otras figuras del imaginario colectivo «puede variar mucho en detalle sin perder su pauta básica»<sup>29</sup>. El límite de esa variabilidad será puesto a prueba entre otros por Robert Owen —el hombre más respetado de Europa hacia 1820—, al postularse como mesías civil y convocar el Milenio Laico, vaticinando que el tuyo y el mío desaparecerán sin mediar espíritu de revancha ni violencia, mediante una transformación espontánea del espíritu competitivo en cooperativo.

Sustituir la guerra santa por una campaña que apela al sentido cívico es lo acorde en principio con una sociedad donde ya no hay esclavitud.

<sup>26</sup> Entre otras muchas manifestaciones de esa repugnancia está la *Ifigenia en Áulide* de Eurípides, cuya trama es el sacrificio de la hija de Agamenón, ofrecido para auspiciar la conquista de Troya.

<sup>27</sup> *Apocalipsis* 14:18.

<sup>28</sup> *Apocalipsis* 20:2-4. El texto añade que «será durante mil años, tras lo cual será liberado por algún tiempo», y de ahí cruzadas «milenaristas» que comienzan al terminar el siglo X. Por supuesto, la principal deuda teológica de la nueva construcción es considerar a Satán como individuo determinado, que es su modo de devolver el préstamo percibido de la cosmogonía irania. En la Biblia hebrea, *satan* es un término jurídico, sinónimo de «adversario, acusador» (*Salmos* 109:6), y para el judaísmo resulta blasfemo creer en un mal autónomo, que rivalizaría en potencia con el ser divino. No es prueba en contrario la frase: «Alzóse Satán contra Israel, incitando a David para que hiciese el censo» (I *Crónicas* 21:1), porque una fuente previa del mismo libro ha dicho: «Se inflamó la ira de Yahvéh contra Israel, incitando a David para que hiciese el censo» (II *Samuel* 24:1). Como confirma *Job* (1:6-12), «el adversario» es el lado propiamente feroz de Yahvéh, el señor Hyde del doctor Jekyll. Para el Nuevo Testamento, que ha asimilado el cosmos polar de Zoroastro, ese adversario es la traducción de Ahrimán, el Mal.

<sup>29</sup> Jung, 1978, pág. 58.

vos, ni siervos que se arrodillan prometiendo sumisión perpetua a cambio de ser reconocidos como tales. Con todo, el milenarismo no es belicista y dualista de modo accidental o accesorio sino nuclearmente, y que las instituciones esclavistas y serviles se hayan jubilado —dejando atrás la espiral de miseria y contracción demográfica unida a ellas— no afecta a un arquetipo que tiene su nicho en la mente colectiva. Dos décadas después de que Owen convoque su Milenio Laico será Marx quien corrija su «ingenuidad utópica», insistiendo en el rasgo «conquistador» inherente a la Restitución, y su primer cuaderno con notas de lectura sobre teoría económica define el acto de «compartir» con vehemencia juvenil:

«En tu goce al utilizar el producto salido de mis manos tendré yo inmediatamente el goce de saberme afirmado tanto en tu pensamiento como en tu amor»<sup>30</sup>.

Cuatro años más tarde ha comprendido que «los últimos serán los primeros» puede y debe generalizarse al conjunto del ayer, y que «la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases»<sup>31</sup>, postulando de paso que el redentor definitivo no es un individuo sino un estrato social. Que sea casi imposible encontrar un miembro de ese estrato inclinado a prohibirse la propiedad privada no es inconveniente, pues en la constelación mesiánica el agente salvador es en todo caso un sujeto anunciado o futuro. Las circunstancias se encargarán de imponerle al proletario su destino, en un escenario «simplificado por dividirse en dos grandes campos hostiles»<sup>32</sup>, cuya propia dualidad actualiza Armageddon y el movimiento de los ejércitos representativos del Bien y el Mal.

**3. Lo inmutable y lo cambiante.** Ecos de esta representación resuenan en la última historia general del socialismo, donde leemos que «ningún socialista ha aceptado la propiedad privada de medios productivos»<sup>33</sup>,

<sup>30</sup> Marx, 1965, pág. 157.

<sup>31</sup> El párrafo concluye mencionando «una lucha ininterrumpida, a veces velada y a veces abierta, que en cada tiempo desembocó o bien en una reconstitución revolucionaria de toda la sociedad, o en la ruina común de las clases contendientes» (Marx, 1998, pág. 50).

<sup>32</sup> Marx, *ibíd.* pág. 51.

<sup>33</sup> Lichtheim, 1999, pág. 33.

y «la justicia social es, en última instancia, no permitir que la gente se muera de hambre»<sup>34</sup>, como si el tema pudiera despacharse en términos de partidarios y detractores del estómago vacío. Más realista parece comprobar que en función de cada colectividad la justicia poética gestiona el poder político a través de individuos como Franklin y Jefferson, o como Marat y Robespierre, reconociendo también que el papel del individuo singular solo puede ser contingente ante un proceso anónimo e imparable como el desarrollo técnico, que revoluciona la estructura social con la posibilidad de abaratar los bienes produciéndolos en serie.

La gran industria, indiscernible de la gran finanza, convierte la expectativa tradicional de acabar trabajando por cuenta propia en progresiva normalidad del trabajo indefinido por cuenta ajena, algo grato o ingrato dependiendo del temperamento y en todo caso impuesto por las circunstancias, pues quien abre camino con tal o cual hallazgo —desde la máquina de Watt hasta el motor de Google— depende de combinar inventiva, energía, relaciones y buena suerte en una medida al alcance de pocos. No menos cierto es que cada progreso en capacidad adquisitiva expone más a un ciclo de expansión y retroceso, y para capear el temporal del crecimiento no hemos descubierto otra cosa que añadir a las funciones del Estado las de empresario y banquero.

Tan precozmente se experimenta dicha necesidad que la edad de oro del *laissez faire* parte de nacionalizar en 1844 el Banco de Inglaterra, a quien se confía en lo sucesivo nada menos que el control del flujo monetario. Esto sembró la semilla de un sistema mixto, que como socialismo democrático estaba llamado a heredar el gobierno del mundo, y lo que averiguaremos repasando sus etapas es si —como enseñan todavía en los colegios— el socialismo fue una iniciativa comunista frenada por el capitalismo, o más bien el fruto maduro del programa liberal y «el complemento económico de la democracia»<sup>35</sup>. El comunismo de Engels y Marx se denomina socialismo científico<sup>36</sup>, pero sería

<sup>34</sup> *Ibíd.*, pág. 42. El párrafo final observa que «no es fácil reconciliar el objetivo de una sociedad sin clases ni conflictos con niveles crecientes de actividad económica en un mundo competitivo» (pág. 435). Se trata de un objetivo arduo, si no fuese mucho más arduo imaginar siquiera una «sociedad sin conflictos».

<sup>35</sup> Kirkup, 1892, pág. 11.

<sup>36</sup> El jurista e historiador K. von Stein, que publicó en 1842 el primer ensayo sobre el tema —*Der Sozialismus und Communismus des Heutigen Frankreich*—, llama socia-

abusivo llamar comunista al pequeño círculo de pensadores que empezó pensando el socialismo como «un traslado de la riqueza hacia el crecimiento de la producción»<sup>37</sup>, donde basta universalizar el sufragio político para que la propiedad pase del «ocioso» al «industrioso».

Los peregrinos del *Mayflower* desembarcaron resueltos a practicar la comunidad de bienes, y desde mediados del XVIII irían arribando a esas costas media docena de sectas comunistas portentosamente tenaces, que hoy ocupan un lugar de honor en el panteón fundacional del capitalismo norteamericano. Que dichas sectas no aparezcan en las historias del comunismo deriva de que no hay modo de unir a quien comparte sus bienes con un grupo dispuesto a lo mismo, y a quien —compartiendo o no en su práctica— aboga por prohibir a otros la compraventa. Si se prefiere, desde 1816 a 2013 el socialismo ha ido cambiando de programa, mientras las premisas del comunismo se mantienen intactas durante algo más de dos mil años, sin duda porque en un caso la percepción precede a la reflexión (tratando de ajustarse a cambios del medio como hacen un termostato o un piloto automático), y en otro la reflexión guía a la percepción (permaneciendo tan ajena a cambios ambientales como un reloj).

Atender a razones de oportunidad sería «oportunismo», y recordemos que las polis griegas estallaron en guerras civiles debido al propio mecanismo democrático, ya que el principio de las mayorías acabó sugiriendo un expolio de los prósperos amparado en recursos como el ostracismo, que suponía el destierro e incautación de personas concretas<sup>38</sup>. El programa comunista es mucho más razonable en principio que ir remendando los agujeros del erario público con la confiscación de tales o cuales individuos, pero los demagogos helénicos gozaron de

---

lismo a «una doctrina filantrópica y pacífica ligada con los escritos de Saint-Simon y Fourier», y comunismo a «una doctrina revolucionaria derivada de las doctrinas de Babeuf y sus sucesores, sobre todo E. Cabet». Bastante después, en 1880, Engels rebautiza estas posiciones como socialismo utópico y científico respectivamente.

<sup>37</sup> Halévy, 1966, pág. 50. Como Halévy subraya, para esos pioneros (Saint-Simon, Ch. Comte, Thierry, Dunoyer) la progresiva concentración de la propiedad en el industrial viene asegurada por el simple mantenimiento de las instituciones civilizadas, pues constituye el curso «natural» de las cosas.

<sup>38</sup> Sobre la génesis y desarrollo de esa discordia, véase vol. I, págs. 51-54. En esencia, los partidos «aristocráticos» alegaron que los «populares» habían desvirtuado la figura del ostracismo, y que so pretexto de expulsar a conspiradores políticos aplicaban una política de expoliación arbitraria.

respaldo electoral. El programa comunista de Engels y Marx en 1848 representa a «la inmensa mayoría [...] que solo arriesga perder sus cadenas», pero los comicios de ese año en Francia le otorgan ocho de cada cien votos.

Tanto allí como en otros países ni el operario rural ni el urbano muestran menos apego por la propiedad que otros estratos sociales, y solo cerrar los ojos al hoy y al ayer permite seguir pensando el comunismo como un movimiento determinado por la fuente de ingresos. Precisamente trascender ese detalle demuestra su vitalidad, y le asegura la condición de catalizador decisivo para el mundo moderno. Así como el paso del tiempo no altera su programa, sí le permite dejar atrás las ascéticas bendiciones al pobre de espíritu y al afligido; ver en la tecnología el germen de una existencia «muy superior al quimérico Edén»<sup>39</sup>, y contar con dos padres fundadores como Marx y Engels, formados en Hegel, que denuncian lo incongruente de una producción colectiva y una apropiación particular.

## II. NEUTRALIDAD VALORATIVA Y CONDICIONES DE CONTORNO

En las primeras décadas del siglo XIX se hace realidad el paso de sociedades estranguladas crónicamente por producir poco a sociedades expuestas al peligro no menos crónico de producir demasiado, en alta medida porque el ahorro —y el papel moneda— hacen posible la existencia de empresas gigantescas. Solo saber qué pretendían concretamente aquellos empresarios, y sus empleados, ayudará a deslindar el melodrama del drama en una historia tan inclinada a la parcialidad como la nuestra, que empieza negando la filiación de comunistas antiguos y modernos, insiste en presentar al socialismo como hijo único del comunismo, y se mantiene desde entonces ajena a la diferencia entre programas cambiantes y verdad inmutable<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> Marx, 1965, pág. 139.

<sup>40</sup> De ahí tantas crónicas sobre el «socialismo-comunismo» y ni una sola dedicada específicamente al segundo, salvo el tipo de folleto inaugurado por Stalin con su *Historia del Partido* (1932). Se diría que la regla empezó a cambiar en 2009 gracias al libro de Priestland, uno de cuyos méritos es manejar de primera mano fuentes rusas. Pero a despecho de llamarse *Historia política y cultural del comunismo*, dedica catorce páginas (en un total de 667) a precursores de Marx, y da por supuesto que *política y cultura* admiten un tratamiento periodístico, rehuendo por sistema la profundidad.

Empecemos comprobando que el defecto de neutralidad valorativa afecta a todos los bandos. Cuanto más próximas se hallan las cosas a dejar de ser más crece su lucidez, y una cumbre expresiva del prosaísmo burgués será el «enriquezcanse, señores» del primer ministro francés, Guizot<sup>41</sup>, un consejo pronunciado a finales de 1847, cuando está tocando a su fin el periodo de apaciguamiento. En febrero de 1848 el *Manifiesto* de Marx-Engels anuncia «el fantasma del comunismo que ronda a Europa»; en mayo estalla la segunda Comuna de París —donde cientos de miles de hombres armados luchan por apoderarse de sus calles—, y antes de que acabe el verano la bandera roja ha ondeado allí y en otras muchas ciudades europeas, aunque lo subyacente sea un triunfo incondicional de la burguesía sobre el Viejo Régimen. El alzamiento parisino tiene como protagonista principal al heroico Louis Auguste Blanqui —que sostuvo el movimiento en sus horas bajas, protagonizando asaltos al Estado francés en 1824, 1830 y 1839—, y frente a él la determinación de talentos como Tocqueville<sup>42</sup>, a cuyo juicio la recién nacida causa roja es «un nuevo sistema de servidumbre», anclado en el paternalismo y la irresponsabilidad<sup>43</sup>.

Su propio retrato de Blanqui<sup>44</sup> muestra hasta qué punto toparse con un vengador mesiánico no evoca reflexiones sobre la evolución del mesianismo sino algo más próximo al escalofrío. En vez de su proverbial finura sociológica, le vemos atribuir el retorno de la guerra civil a

<sup>41</sup> Suele omitirse la frase entera: «Enriquezcanse, señores, con trabajo y dedicación». Guizot no solo fue un austero hugonote, cabeza de los liberales «doctrinarios» o no democráticos, sino uno de los grandes historiadores franceses de todos los tiempos.

<sup>42</sup> Tocqueville fue diputado de la Asamblea Constituyente francesa, y luego fugaz ministro de Exteriores en el gobierno surgido tras las sucesivas insurrecciones, que él mismo define como «la de un pueblo sin líderes, y la de unos líderes sin pueblo» (Tocqueville, 1984, pág. 203).

<sup>43</sup> Dirigiéndose a la Asamblea el 14 de febrero, tres meses antes de que estalle la revolución, afirma que «la filosofía de Babeuf se confunde con la del Viejo Régimen, al sostener que los ciudadanos deben ser llevados para siempre de la mano, y que para asegurar la abundancia de bienes materiales es imperativo regimentar la industria e impedir la libre competencia».

<sup>44</sup> «Tenía unas mejillas pálidas y ajadas, unos labios blancos, un aspecto enfermo, avieso e inmundo, una palidez rancia, la apariencia de un cuerpo enmohecido, sin ninguna ropa blanca visible, una vieja levita negra, pegada a unos miembros enjutos y descarnados; parecía haber vivido en una cloaca, y se diría que acababa de salir de ella»; Tocqueville, 1984, pág. 168. Curiosamente, omite que está ante alguien recién salido de la cárcel, donde llevaba más de ocho años.

una *canaille* excitada por demagogos malignos, aunque quienes enarbolan la recién estrenada bandera roja no caben en ninguna de esas categorías. Pertenecen a todas las clases, y se ven congregados por un espíritu como la confianza en una rectificación radical de la vida. Para ellos los traidores son quienes demoran el cumplimiento de esa justicia, alegando el riesgo de entregar el bien común a «una sola persona, o incluso a un senado o consejo [...] lo bastante presuntuoso como para creerse capaz de cumplirlo con honesta eficacia»<sup>45</sup>.

A diferencia de Tocqueville, nosotros sabemos que nueve generaciones de comunistas modernos, y múltiples ensayos de realización práctica, no han bastado para abandonar el ideal ni para hacerlo indiscutible. Quienes se ahorraron el compromiso de otrora con la guerra civil, los jóvenes, siguen despertando del narcisismo adolescente al compadecerse por el desfavorecido, un sentimiento muy encomiable si no lo distorsionase la amnesia derivada de planes escolares sesgados, que al borrar términos de comparación para cada fenómeno permiten llamar novedad a iniciativas tan arcaicas como la filantropía forzosa. Tras suponer que el marxismo era «sencillamente» la verdad objetiva, no pocos volvieron a asombrarse de que «ejerciese un influjo tan poderoso y duradero»<sup>46</sup>, mientras la mayoría opinaba —con pesar o alivio— que el abandono espontáneo del socialismo «real» canceló su futuro.

No es quizá vano recordar que la implosión del experimento bolchevique puso término a dos siglos no carentes de un correlato tan notable como otros tantos de esperar el Apocalipsis impacientemente, hasta que el pacto entre Iglesia y Estado desautorizó a quienes habían quemado sus naves apostando por el fin del mundo. Aunque el aplazamiento de Armageddon fue un golpe aparentemente definitivo para aquellos fieles, el programa de poner últimos a los primeros resurgió con brotes milenaristas que se prolongarían en realidad hasta Pol Pot, sembrando la tierra de reyes-mesías como los aún instalados en La Habana o Pyongyang. Cuando ese entusiasmo parecía llamado a languidecer ha emergido el integrista islámico, otra causa indispueta con la relatividad y capaz de emular sus gestas en el campo del martirio, demostrando una vez más que allí donde cierta esperanza supera el temor a la muerte las demás polemizan con ella en condiciones de inferioridad.

<sup>45</sup> Smith, 1982, pág. 474.

<sup>46</sup> Keynes, 2004, pág. 33.

La promesa redentora, llamada a cumplir en la historia vivida el destino mítico del ave Fénix —sucumbir y renacer, sin otro freno que fracasar triunfando y triunfar fracasando—, ilumina la naturaleza humana en proporción a la medida en que logremos captar allí las constantes de cierto fenómeno. En otro caso nos limitaremos a oscilar del sí al no íntimo, considerándolo supremamente justo o supremamente absurdo, en detrimento de lo que ofrece como aire de familia, donde cada nueva etapa permite medir de modo más preciso el grado de irregularidad presente en su regularidad. Parece pues realista conformarse con algo vagamente análogo al generador de una serie<sup>47</sup>, pues enunciar un engranaje de replicación genética sería arrogancia, cuando apenas empezamos a deslindar la fábula del evento. Sigue siendo tan evidente como misterioso que la tensión social por excelencia —la que empezó oponiendo el amo al siervo— se resuelva sin pausa en el dilema de abolir o multiplicar la propiedad privada.

**1. El reto de una realidad progresivamente densa.** Si los siglos oscuros de nuestro medioevo hubiesen producido una millonésima parte de la letra escrita en los albores de la Revolución industrial, relacionar su desarrollo socioeconómico con una ideología como el pobrismo habría exigido interponer multitud de mediaciones, y eso explica que el primer volumen de esta investigación partiera de unas pocas noticias aisladas, donde solo poco a poco fue progresando en definición el nexo entre su invariable meta y los estados del mundo. Eso quedó atrás cuando el milenarismo encontró maneras de hacerse laico, y los cauces antes más o menos aislados desembocaron en un estuario que permitió reconciliar a ateos con fieles, suscitando a partir de entonces un volumen infinito de información.

<sup>47</sup> Llevando la analogía a su extremo, aparecen matrices como la iteración de Fibonacci (1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144...), cuya lógica cumplen las espirales de los moluscos, las ramificaciones arbóreas, la distribución de pistilos en ciertas flores, la morfología de la piña, la alcachofa, el cono de los pinos, etcétera. También en la dimensión de Hausdorff, cuyo análisis abarca un campo «inorgánico» aún más vasto de fenómenos (líneas de costa, nubes, cordilleras, enjambres estelares, evolución de mercados, cotizaciones bursátiles, etcétera), definidos todos por curvas sin derivada o no «suavizables», que esquivando la aleatoriedad radical del movimiento browniano exhiben un grado de «aspereza» inaccesible al cálculo tradicional, formando objetos tan infinitamente detallados como fractales (de *fractus*, «quebrado»).



De ahí que el objeto no sea ya reconstruir una genealogía olvidada, sino documentar su epopeya ulterior, cuando el rechazo de la propiedad y el comercio revivieron, y tras recobrar el estatuto de ideología hegemónica el movimiento alcanzó eventualmente el de superpotencia militar, prolongada sobre dos tercios de la población mundial. A eso correspondió una ampliación en la galería de sus espíritus, que sin abandonar la órbita del recuerdo pasaron de contados protagonistas a un museo de riqueza interminable, impulsado por el propio progreso en capacidad de computación. En condiciones de relativa penumbra, milésimas de segundo nos bastan hoy para registrar una imagen, cuando en 1838 el primer daguerrotipo requirió una exposición de veinte minutos a la luz del mediodía.

El historiador preindustrial desempeñaba su tarea como quien monta una película, reuniendo materiales rodados tiempo atrás. Para el postindustrial —asesorado y exigido adicionalmente por Internet<sup>48</sup>—, es cada vez menos metafórico el desafío de tener no solo muchas más imágenes por unidad de tiempo, sino flujos de información cuya continuidad imita cámaras múltiples abiertas permanentemente, que al situarlo ante un mosaico de pantallas acercan el montaje a una retransmisión. El regidor buscará momento a momento la cámara más expresiva y el cronista la fuente más ecuánime, aunque el regidor puede mostrar facetas simultáneas de una misma acción, y el cronista paga su deuda con la palabra sustituyendo lo coetáneo por lo sucesivo, sin acceso a otro ritmo que el de ir alternando panorámicas generales con primeros planos<sup>49</sup>.

En contrapartida, no hay posibilidad de que retransmita eventos anodinos, pues el recuerdo ofrece siempre un fruto separado ya de la corteza, que la criba del tiempo redujo a su substancia. Todo cuanto persiste sin apoyarse en la retina y otros sentidos de la cercanía es un

<sup>48</sup> La Red emancipa al saber tanto de sus viejos soportes como de las credenciales que exigía cada archivero, supliendo con un clic sencillo o doble los recursos, el tiempo y la energía requeridos para peregrinar por bibliotecas. Concretamente, la función de búsqueda popularizada por Google revoluciona todo lo conocido en materia de archivo.

<sup>49</sup> De hecho, la pasión más común del historiador moderno ha sido precisamente superar ese límite, imaginándose lo bastante familiarizado con el espíritu y los pormenores de algún pasado para disponer de su vivacidad en tiempo real. Desde Gibbon a Schama, la fantasía recurrente es regresar al mundo ya sido, paseando por sus calles y hablando con las gentes sin delatarse como un extraño.

logro de la evolución, menos urgido por la voluntad y más afín a la inteligencia, donde lo equivalente a percibir es una aspiración de juicio ecuánime definida entre otros por Spinoza: «Me he esmerado en no ridiculizar ni lamentar las acciones humanas, sino entenderlas»<sup>50</sup>.

La aspiración a un ánimo ecuánime se compromete con la neutralidad valorativa, que no renuncia a valorar pero sí a conformarse con adjetivos. Entendiendo que la refutación y la confirmación están en el devenir de las propias cosas, no en aseveraciones nuestras, dicha neutralidad se ancló a objetos prototípicamente complejos gracias entre otros factores al desarrollo de la sociología económica, y en particular a la obra de investigadores como Weber y Schumpeter<sup>51</sup>, que pusieron en práctica una forma insólita aunque ingeniosa para distinguir al aficionado del maestro. Así como el primero se conforma con una historia dibujada por saltos, el segundo pernoctó allí lo bastante para llenar los huecos entre uno y otro, intuyendo el orden de grano más fino que deriva de «acumular ventajas ligeras, cada una de ellas buena para el individuo que las posee»<sup>52</sup>.

Nuestro relato se reanuda cuando el desarrollo de la industria está convirtiendo a los siervos y clientes en asalariados, la ciencia asume las responsabilidades del director espiritual y los Estados enveredan de un modo u otro por la senda democrática norteamericana. Dentro de los cauces generales que son la monetización, la secularización y la participación política, cargados todos de vertiginosos peligros para sus contemporáneos, el programa rojo es el único radicalmente sencillo e inconformista, y al menos durante un siglo—hasta cristalizar la Revolución soviética— podrá superponerse al del socialismo democrático. No en vano el futuro común pertenece a repúblicas compuestas básicamente por empleados, donde el Estado crece sin pausa como empleador, hasta en los países más resueltos a promover la iniciativa privada.

<sup>50</sup> Ese es el norte de su Ética, que preside la parte V dedicada a «la potencia del entendimiento o de la libertad humana».

<sup>51</sup> Sobre Weber véase más adelante, págs. 598-603. Por lo que respecta a Schumpeter, su *Capitalismo, socialismo y democracia* (1949) despliega una rara ecuanimidad al analizar la obra de Marx, y a continuación la pregunta: «¿Es viable el socialismo?». En *Ciclos de negocio* (1939) y *Teoría del análisis económico* (1954)—dos obras de gran volumen— buscaremos en vano una línea donde tal o cual pensamiento sea definido en términos de veracidad o falsedad, ya que todos se gradúan de la información al ruido, unos más próximos al hallazgo y otros al descubrimiento del Mediterráneo.

<sup>52</sup> Darwin, 1979, pág. 455.

**2. Los ingredientes del juicio.** El regidor dispuesto ante un mosaico de pantallas, eligiendo sucesivas perspectivas de la misma actividad, ha dejado de ostentar ese monopolio gracias a los algoritmos que permiten lanzar búsquedas a lo largo de la Red, y quizá por carecer de esa herramienta adicional los historiadores del movimiento comunista han permanecido ajenos a cualquier complejidad, como quien cuenta un viaje en tren o cualquier otro medio de transporte donde el paisaje se comprime en monólogos de algunos pasajeros. Pero seguir el eje cronológico de sus estaciones no impide atender a bastantes otros factores del paisaje que transcurre entre ellas, y este volumen querría abrir ventanas a condiciones de contorno que pueden resumirse en evolución ideológica, vida cotidiana y desarrollo de las instituciones, tres campos omitidos por sistema en las crónicas del socialismo-comunismo. Dentro de lo primero destacan la eclosión del movimiento romántico, el utilitarista y el positivista, unida a la obra de tres gigantes teóricos —Hegel, Ricardo y Saint-Simon— que pareciendo coronar esas escuelas son en realidad pensadores independientes<sup>53</sup>, así como los principales maestros de Marx. Curiosamente, es invariable describirlos a partir de él, como si fuese ecuánime estudiar a Platón desde los comentarios que le dedica san Agustín, y pasar por alto a pensadores directa o indirectamente inexcusables para documentar la política monetaria, fiscal y social de los nuevos tiempos<sup>54</sup>.

El capítulo de la vida cotidiana incluye circunstancias como el trabajo infantil en fábricas, el hacinamiento en las nuevas ciudades, la falta de raíces para quien migra buscando empleo, y los episodios iniciales de paro masivo. Descritas por el género literario cada vez más rentable representado por el sensacionalismo, tales desdichas se desplazan hacia la irrealidad a medida que el folletín prima sobre la tragedia, y no perderemos el tiempo añadiéndoles algún apunte menos inspirado por el espíritu amarillista. Bastará a esos efectos oír al obrero especializado, considerar los estímulos que promueven la migración del no especializado, averiguar por qué los grandes empresarios preferían contratar familias a individuos, comparar el trabajo fabril con el

<sup>53</sup> Comprobaremos, por ejemplo, que Hegel no es romántico en absoluto, y que si Saint-Simon debe considerarse positivista será preciso considerar no-positivista a su escuela/iglesia.

<sup>54</sup> Ante todo Paine, Bentham, Thornton, Say, Sismondi, Place, Cobden y Stuart Mill.

agrícola y, en definitiva, obtener algún elemento de juicio no gaseoso sobre la evolución del poder adquisitivo.

El tercer grupo de condiciones ignorado por costumbre en las historias del socialismo-comunismo es de índole institucional, y recomiendo decir dos palabras sobre los primeros grandes empresarios, la caridad pública y privada entonces, el nuevo urbanismo, la consolidación del papel moneda, el descubrimiento de los ciclos económicos, la polémica entre proteccionistas y librecambistas o el papel de la propiedad intelectual en el desarrollo. Ante todo, es oportuno aportar precisión a los dos asuntos más enjundiosos para nuestra crónica, que son el tránsito del gremio al sindicato y la ampliación del censo electoral, que al combinarse irán despejando dudas sobre intereses e intención de voto de las clases trabajadoras.

La primera mitad del XIX es también la edad de oro para los comunistas pacíficos, y también el semillero de una novedad como el terrorismo sistemático, que nace bifurcado en la rama conservadora de los tecnófobos y la revolucionaria de Blanqui, para convertirse poco después —gracias al descubrimiento de la nitroglicerina (1847)— en culto a la hazaña (*Attentat*).

Antes de investigar la genealogía del comunismo, daba por evidente que sus alzamientos debían ser directamente proporcionales al grado de penuria material padecido, y solo el detalle de sus manifestaciones me demostró que una y otra vez eran inversamente proporcionales a ese parámetro. El caldo de cultivo para la Restitución fue la larga y próspera paz de Augusto, y antes de que Europa se industrializase ninguno de sus brotes posteriores coincidió con mermas en la capacidad adquisitiva, sino precisamente con progresos escandalosos para el ebionismo<sup>55</sup>. Cuando Marx entra en escena está empezando la época más próspera de la historia humana, y desligarse siquiera sea formalmente de la santa pobreza le lleva a pronosticar que el capitalismo se encamina hacia una crisis general a corto plazo, en cuya virtud hasta el más reaccionario de los trabajadores se hará comunista para sobrevivir.

<sup>55</sup> Las insurrecciones milenaristas parten de la revolución comercial consumada en el siglo XII, que multiplica los recursos, y se tornan crónicas a partir del XIV, cuando la peste diezma la población hasta hacer que los labriegos toquen a mucho más, y sus jornales se multipliquen espectacularmente. Es entonces cuando estallan la gran revolución husita, y algo después las guerras campesinas alemanas.

Sería no menos ingenuo —e incluso tendencioso— verlo como pronóstico simplemente incumplido, pues mueve al mundo en medida comparable a la buena nueva evangélica, suscitando toda suerte de esfuerzos conscientes por cumplirlo y refutarlo. Más ecuánime es preguntarnos hasta qué punto puede la Restitución desligarse del idealismo, y hasta qué punto la libertad se entiende en sentidos dispares. Cuando el Terror replantea secularmente el Juicio, y el fiscal de la Comuna Insurrecta parisina anuncia «la guerra abierta entre los ricos y los pobres», descubrimos que para unos —en ningún caso limitados al rico— ser libre significa independencia personal<sup>56</sup>, y para otros —en ningún caso limitados al pobre— significa autorrealización colectiva, gloria nacional y, en definitiva, cierta amalgama de regularidad y conformidad que Comte acaba definiendo ejemplarmente en su *Curso de política positiva* (1838): «El perfeccionamiento depende ante todo de crecer en sumisión al orden»<sup>57</sup>. Cuatro años después de triunfar su revolución, Lenin se pregunta: «¿Libertad para qué?»<sup>58</sup>.

Sin perjuicio de que sea un abuso semántico confundir autonomía personal y cumplimiento colectivo, suponer que hay alguna divergencia sustantiva entre mi libertad y la ajena es un aserto tan frívolo como inductor de discordia. No somos libres para hacer lo que nos dé la gana sino para cumplir nuestro deber, aunque diga otra cosa el caprichoso, y únicamente en esa medida aplazamos el advenimiento eventual de algún totalitarismo. En términos políticos, el *laissez faire* nunca se impuso de modo inmitigado, y solo se justifica como algo menos ineficaz para gestionar las energías que una supervisión central, pues toda libertad responsable es realismo, «conciencia de la necesidad» (Hegel), y la única incógnita de cada lugar y momento es qué irá haciéndose necesario o actual, merced siempre a un engranaje de fuerzas «espirituales» y «materiales». Nada será más instructivo, por tanto, que investigar el peso de la psicología y la economía en el desarrollo de la causa comunista.

<sup>56</sup> A esto llama Berlín «libertad negativa, o derecho a no ser importunado por otros»; véase vol. I, págs. 520-521. Curiosamente, «libertad en sentido negativo» es para *La filosofía del derecho* de Hegel el momento donde la ley no se ha interiorizado —por ser despótica, o por ser reciente— y permanece aún como norma solo exterior («el derecho es solo legislación»), manteniendo una tensión entre el deber y el ser.

<sup>57</sup> Comte, vol. IV, ep. IX.

<sup>58</sup> Lenin, en *De los Ríos*, 1973, págs. 97-98.